



## **EUCARISTÍA DEL INICIO DEL BICENTENARIO DE LAS RELIGIOSAS JESÚS-MARÍA**

**San Nicolás, 6 de octubre de 2017**

En el día que nos reunimos para celebrar el inicio del Año del Bicentenario del nacimiento de la Congregación de Jesús-María, la Palabra de Dios nos ha salido al encuentro con el texto siempre iluminador y sugerente que contiene la Parábola del Buen Samaritano. Un relato que pone a nuestra consideración la evaluación de la autenticidad de nuestra fe.

En él, Jesús nos invita a contemplar los caminos del mundo por los que transitamos, y a descubrir, quizás sin demasiado esfuerzo, cómo hay en ellos hermanos heridos a los que hay que acercarse, deteniendo el paso,, para escuchar, atender y curar las heridas.

Este relato es iluminador no sólo de la conducta que Dios espera de nosotros, sino que es revelador de Quien nos ha sido dado por el Padre de los cielos como modelo de nuestra existencia: Jesús. Ya desde los tiempos de los Padres, en los primeros siglos de la reflexión cristiana, se ha visto y propuesto a Jesús como el verdadero Buen Samaritano, enviado por el Padre precisamente para ser expresión de su misericordia y compasión por el ser humano herido, por toda criatura humana maltratada y tirada en la cuneta de la vida.

Jesús, Buen Samaritano, es imagen del amor del Padre, de su bondad y misericordia, que escucha, acoge, se detiene y cura los males de la humanidad; las heridas de hombres y mujeres que sufren en dolor y abandono, de tantas maneras y en tantísimos lugares del mundo. De ahí que se hable de la necesidad de edificar constantemente una Iglesia Samaritana que haga visible a Jesús en su entrega por la humanidad y que sienta que Jesús mismo la lanza a actuar en ella, a cada uno de nosotros, conscientes de que el amor al prójimo es la encarnación de nuestro amor

a Dios, y que es el mandamiento supremo de cada cristiano y de la misma Iglesia. Papa Francisco expresa esto en la bella y comprometedor imagen de la Iglesia “hospital de campaña”. Iglesia, casa y madre, compromiso y acogida de tantos seres humanos marginados y heridos.

En Lyon (Francia) hace doscientos años vuestra fundadora, Claudina Thévenet, marcada por las violentas repercusiones de la Revolución Francesa, presencié la ejecución de dos de sus hermanos en plena juventud, vivió el mar de la locura que siempre es el odio y la violencia. Y en ese mundo, entregada a la acción del Espíritu Santo, a su gracia, y profundamente afectada por la miseria que contempla, funda e inicia la Congregación que, bajo los nombre de Jesús y María, encarnará el carisma recibido por ella misma, por Claudina Thevénet, de “dedicar su vida a la educación de los niños y los jóvenes” y “el deseo de hacer conocer y amar a Jesús y a María “.

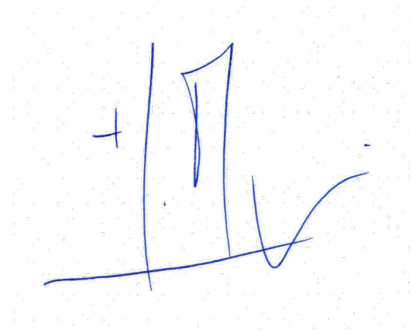
La Congregación, después de un largo camino de doscientos años, en el que ha llegado a veintiocho países, sembrando su incansable tarea educativa por medio de la fe y la entrega de miles de vidas consagradas, quiere sentir también hoy el latido del corazón de Dios, siendo testimonio de su misericordia y continuidad del camino de Claudina, “mujer de fe, de perdón, de comunión”, y esto expresado en las tres prioridades que manifestó el último Capítulo General de la Congregación, con el deseo que orienten su mirada hacia el futuro: “Viviendo el perdón, la reconciliación y la curación; dejándonos conmover por las miserias de nuestro tiempo; y con una manera de vida comprometida con la justicia, la paz y la integridad de la creación”.

Que este tiempo del Bicentenario os ayude a contemplar, con mirada agradecida al Señor, vuestra larga y fecunda historia, hecha, tejida por miles de historias de buenas samaritanas que han hecho realidad la vida y el carisma propio de Claudina en vuestra Congregación.

Que este tiempo de Bicentenario renueve en vosotras, y en los laicos que participan de vuestro carisma y camino, el amor profundo a Jesús y a María que os legó la Fundadora. Nadie puede dar lo que no tiene; y hacer conocer y amar al Señor y a su Madre pide poseer precisamente, y renovar cada día, un encendido amor por ellos, amor capaz de dejar todo por ellos y de ver en la evangelización de niños y jóvenes la gran urgencia de nuestros días, pues no hay mayor pobreza que no conocer a Jesús.

Renovad vuestra Consagración, vuestra ansia por educar niños y jóvenes y de darles a conocer el amor y la sabiduría de Dios que es Jesús.

Os animo a vivir un Año Conmemorativo lleno de gracia, ante la imagen de nuestra Madre en la Virgen del Remedio. Vivid el Bicentenario con gratitud a Dios y renovando vuestra ilusionada consagración a favor de una educación evangelizadora. Así sea.

A handwritten signature in blue ink, appearing to read 'J. Murgui Soriano', enclosed within a faint, dotted rectangular border.

✠ **Jesús Murgui Soriano.**  
Obispo de Orihuela-Alicante.